

fuerzas y constancia en tantos trabajos; luego se desnudó y tomó una larga disciplina.

En el interin el Marqués, en quien peleaban el amor de padre y la conciencia, porque por una parte no quisiera ofender a Dios, y por otra no podía acabar consigo de privarse de un hijo tan querido y de tantas prendas; temiendo, pues, si acaso le había amargado con las palabras que le había dicho, pasada ya la cólera hizo llamar al gobernador del lugar, que estaba en la antecámara, y le mandó que fuese a ver qué hacía Luis.

Fué el gobernador, y halló un erizado alfuera, que le dijo cómo el Sr. D. Luis se había cerrado, y no quería que entrase nadie. Replió él que llevaba orden del Marqués para ver lo que hacía; y con esto llegó a la puerta; y no pudiendo entrar, hizo con la daga un resquicio pequeño por las hendiduras de la puerta, y por allí vió a Luis desnudo y arrodillado delante de un crucifijo, llorando y disciplinándose fuertemente.

Movido con este espectáculo y enternecido, se fué al Marqués, y con las lágrimas en los ojos le dijo:—¡Ah, señor! Si V. E. viera lo que hace el Sr. D. Luis, sin duda que no tratara de estorbarle sus buenos intentos.

Preguntóle el Marqués qué había visto, que así lloraba.

—¡Oh, señor—dijo él—, que he visto a vuestro hijo tal, que hará llorar las piedras—; y con esto le refirió lo que había visto, con tanto es-

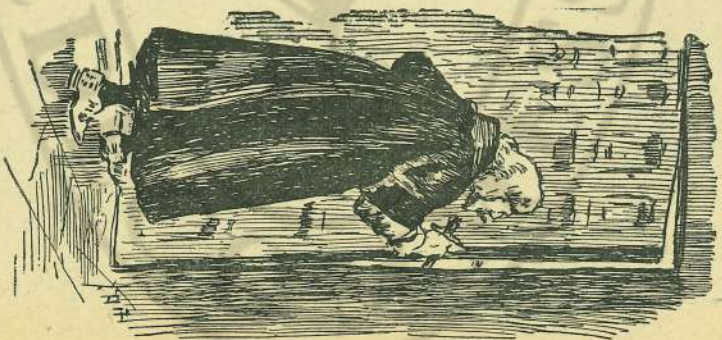
panto del Marqués que apenas lo acababa de creer.

El día siguiente aguardó a la misma hora, teniendo espía que le avisase; y haciéndose llevar en una silla al aposento de Luis, que estaba en el mismo piso que el suyo, acechó por aquel agujero que el día antes se había hecho en la puerta, y le vió del mismo modo llorando y disciplinándose.

Quedó con esta vista por un rato como fuera de sí; después, disimulando lo que había visto, hizo llamar a la puerta, y entrando con la Marquesa, halló

el suelo rociado de sangre de la disciplina, y el puesto donde estaba de rodillas tan bañado de lágrimas, como si hubieran echado agua por allí.

Por esto que vió, y por la instancia grande



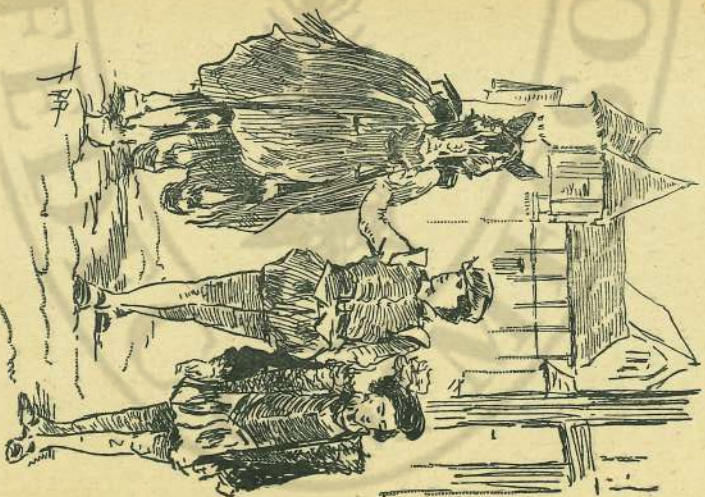
compostura; su vestido era negro, de raja de Florencia, y sin espada; por la calle nunca hablaba con los que le acompañaban; iba de ordinario a pie, aunque tenía bastante comodidad de caballos en casa.

Todo su entretenimiento en Milán era tratar con los Padres de la Compañía, y así, buena parte del tiempo que le quedaba de sus negocios lo gastaba en el colegio hablando ya con este Padre, ya con el otro, de cosas de estudios o de espíritu, y reparó su maestro que cuando hablaba con religiosos y aun con seglares de alguna autoridad, les tenía tanto respeto, que estaba siempre con los ojos bajos, no mirándolos a la cara sino rara vez. Sus pláticas no sólo eran con los Padres o Hermanos estudiantes, sino también con los coadjutores, especialmente con el portero de aquel colegio, teniendo por gran favor si alguna vez, mientras iba a llamar a algún Padre, le dejaba las llaves, engañándose con aquello y entreteniendo las ansias que tenía de verse ya en la Compañía.

Por las Carnestolendas ibase cada día al colegio, por huir de las fiestas e invenciones de aquellos días, y por hablar de Dios, porque solía decir que sus fiestas eran los Padres de la Compañía, cuya plática le daba más gusto que todos los entretenimientos del mundo; y hablaba de todo aquello con tanto desprecio, que se echaba bien de ver que lo decía de corazón.

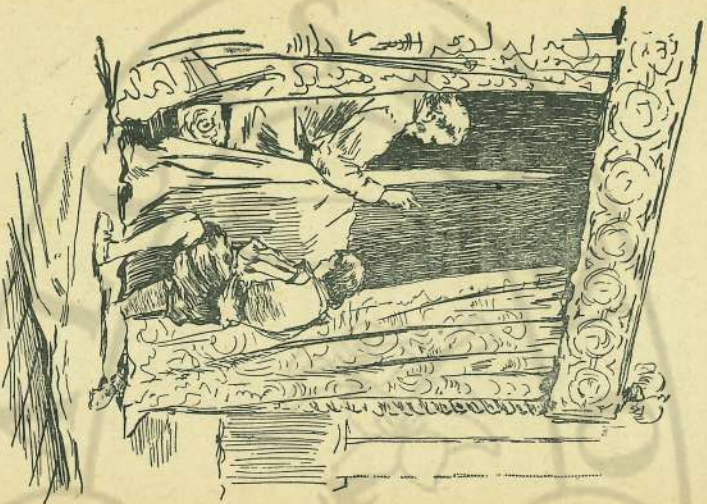
Un día de Carnestolendas se hacía en Milán un famoso torneo, a que concurrió toda la cin-

dad, en especial los caballeros mozos, que aquel día salieron de gala en hermosos caballos ricamente enjaezados, lo mejor que cada uno podía.



Luis aquel día por hollar el mundo y hacer una pública mortificación, quiso ir hacia allá, y aunque tenía caballos en la caballeriza, y de ordinario, aunque fuese a pie, le solían llevar uno detrás con su gualdrapa de terciopelo,

vuelto a la pared, y derramaba rios de lágrimas sin poder por un gran rato hacer otra cosa que llorar y suspirar tan recio, que todos los del



palacio estaban a la mira deseando saber la causa de aquella novedad.

Al cabo de un gran rato hizo que llamasen a Luis, y venido que fué, le dijo estas palabras:

—Hijo, tú me has atravesado el corazón, porque yo te quiero y siempre te he querido como tú mereces y en ti tenía fundadas todas mis esperanzas y las de toda nuestra casa. Pero pues Dios te llama, como tú dices, yo no te quiero estorbar. Ve, hijo mío, donde quisieres, que yo te doy licencia y te echo mi bendición.

Dijo esto con tal ternura y sentimiento, que de nuevo volvió al llanto, sin que le pudiesen acallar y consolar. Luis, después de haberle dado brevemente las gracias, se salió del aposento por no desconsolarle más con su presencia, y vuelto a su cuarto, se encerró a solas. Allí, postrado en tierra, con los brazos abiertos y los ojos en el cielo, dió gracias a Dios por la inspiración que le había dado y por el buen suceso de ella. Allí se ofreció a Dios todo en holocausto con tanta dulzura, que no se podía hartar de alabarle y bendecirle por tantas mercedes.



señores, y cuán obligado está cada uno a asegurar su salvación; habló con tanto espíritu y autoridad, que todos aquellos señores le oyeron con particular devoción y respeto, y hasta el día de hoy se acuerdan y refieren lo que en aquel razonamiento les dijo.

El día siguiente, que fué el 3 de Noviembre,



se despidió del duque de Mantua, del Príncipe y de aquellos señores. Después a la tarde, hincado de rodillas en tierra, con profunda humildad pidió a su padre la bendición, y juntamente a su madre, que ya había vuelto del Piamonte. Las lágrimas que ellos derramaron en esta ocasión, especialmente el Marqués, cada uno lo podrá considerar.

La mañana siguiente se puso en camino para

Roma con el acompañamiento que el Marqués le dió, en el cual iba D. Luis Cataneo, a quien llevaba por padre espiritual en aquel viaje; iba también Pedro Francisco del Turco, su ayo; el Dr. Juan Bautista Bono, un camarero y otros criados. No se puede creer el poco sentimiento y el despego grande que mostró Luis en esta despedida de todo lo que era carne y sangre, por más que los veía a todos llorar, y que se despedía para no volver.

Iba con él en la carroza su hermano Rodolfo, a quien dejaba renunciado el Estado, que le acompañó hasta el río Pó, donde se embarcó para Ferrara, pero en el camino y en la despedida apenas le habló dos palabras. Diciéndole después uno de aquellos señores en la barca:—Pienso que el Sr. Rodolfo se habrá holgado mucho de hallarse ya sucesor del Estado.—Respondióle Luis:—Yo estoy cierto que no se ha holgado él tanto en sucederme como yo en dejárselo.

Llegado a Ferrara, visitó al duque Alfonso de Este y a la duquesa Margarita Gonzaga, denda suya. Luego sin detenerse tomó el camino para Bolonia.

De Bolonia se fué por la Romanía derecho a Loreto, en donde no se puede decir el consuelo que Dios nuestro Señor y la Virgen Santísima le comunicaron.

Oyó la primera mañana en la capilla de la Virgen cinco o seis misas, una tras otra; luego comulgó con grandísima devoción, y conside-

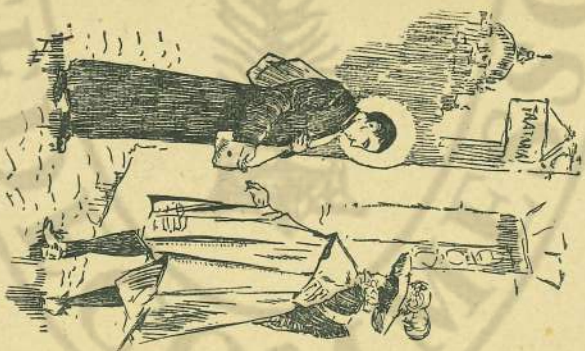
la guarda de la lengua; tanto que a quien no considerare los muchos daños que de ella nacen, y cuán fácil cosa es deslizar en esta materia, le podría parecer que en ella nuestro Luis, no sólo había sido recatado, sino demasadamente escrupuloso.

Usaba muchas veces por oración jaculatoria de aquel verso de David: *Pon, Señor, guarda en mi boca, y puerta de circunspección a mis labios*; y en sus pláticas comunes repetía muy a menudo aquellas palabras: *El que no ofende en las palabras, éste es perfecto varón*; y por eso gustaba mucho más de callar que de hablar. La regla del silencio, no se puede crear la exacción con que la guardaba dentro y fuera de casa.

En las mortificaciones de la honra puso tanto mayor cuidado, quanto le parecía más útil y necesario a las personas de entendimiento que las penitencias corporales, y así, con el ejercicio continuo de estas mortificaciones llegó a tal punto, que no tenía necesidad ninguna de vencerse para hacerlas.

Pedia muy a menudo ir por las calles de Roma con un vestido roto y su talega al hombro, pidiendo limosna; preguntándole si sentía vergüenza o repugnancia alguna en aquello, dijo que no; lo uno, porque ponía delante de los ojos el ejemplo de Cristo, el merecimiento y premio eterno que le corresponde, y esto bastaba para hacerlo sin repugnancia y con grande gusto; lo otro, porque aun de tejas abajo no hallaba allí materia de mortificación, porque

los que me encuentren (decía él), o me conocen o no me conocen; si no me conocen, no me importa lo que pueden pensar de mí no siendo conocido; si me conocen, e'los se edifican y yo



estoy tan lejos de perder, que gano mucho en su concepto, y puedo temer más el peligro de vanagloria que de mortificación, pues la pobreza, tomada, no por necesidad, sino por voluntad, es cosa tan alta que aun los mismos del mundo la tienen en gran veneración.

De aquí también nació, cuando las fiestas le enviaban por las calles y plazas de Roma a en-

casa profesa, que fué para él de grande consuelo por dos razones, ambas espirituales:

La primera, por la ocasión que allí tendria de aprovecharse de los ejemplos de aquellos Padres antiguos, que por la mayor parte son personas que han gastado su vida en gobernar o en otros ministerios de la Religión, y se están allí atendiendo a las obligaciones de aquella casa e iglesia; o son personas que actualmente ayudan al gobierno universal de toda la Compañía, cuya cabeza reside allí, y por esta causa son siempre personas selectas y que se pueden tomar por dechado y ejemplo de religión.

La segunda razón era por la devoción grande que tenia al Santísimo Sacramento, por la cual, aun quando estaba en el siglo en casa de su padre, tenia particular gusto en ayudar a misa, y así, viendo ahora que le daban esto por oficio tan de propósito, tuvo a muy buena dicha, y como tal se alegró mucho con esta obediencia.

Y porque se quede dicho esto de camino, la devoción que tuvo al Santísimo Sacramento fué cosa tan sabida de todos los que le trataron, que quando en Roma se trató de pintar su imagen, fué parecer de muchos que se debía pintar adorando el Santísimo Sacramento. Nacióle esta devoción de los consuelos y sentimientos particulares que recibía al tiempo de comulgar, lo cual no se le hará nuevo a quien considerare la pureza de aquella alma santa, y el cuidado y diligencia que ponía en prepararse para la comunión.

Tomaba una comunión por aparejo para otra, y demás de otras devociones que usaba, tenía distribuidos los dias de la semana de esta manera: que los tres primeros, conviene a sa-



ber, el lunes, martes y miércoles, los repartía en las tres divinas Personas de la Santísima Trinidad, agradeciendo a cada una de por sí la merced recibida en haber comulgado el domingo pasado; los otros tres siguientes, jueves, viernes y sábado, repartía del mismo modo entre las mismas Personas, pidiendo a cada uno de por

nunca dijese de sí, ni de no, sino remitirse a la Obediencia, y así contó a muchos en diferentes ocasiones su escrupulo y la pena que le había dado, añadiendo que sería notable desconsuelo en hacer su voluntad.

Siéndole, pues, ya forzoso el ir a Nápoles,



consolóse mucho en llevar tal compañía, y así dijo a uno de sus compañeros que hallaba mucho gusto en aquel viaje, porque con el ejemplo del P. Pescador deseaba aprender el modo que ha de guardar un religioso de la Compañía en sus caminos.

Partieron de Roma a los 27 de Octubre del mismo año, despidiéndose Luis de su vista desde un montecillo con la antífona y oración de

San Pedro y San Pablo, que dijo con gran devoción. Iba el Padre en una litera, por orden de los médicos, por el achaque del pecho, y habiendo de ir uno de los novicios dentro, y los otros dos a caballo, hizo Luis cuanto pudo por ceder aquella comodidad a otro compañero, queriéndose él privar de la comunicación espiritual de su maestro, que estimaba en mucho, por acomodar a sus compañeros; pero como él era el más necesitado de todos, no le cumplieron su deseo, antes le obligaron a ir en la litera con el Padre.

Allí supo hallar traza de mortificarse, por que tomando la ropa, la cogió a modo de bola, hizo de ella un bulto y se sentó encima, de suerte que iba en la litera mucho más desacomodado que si fuera a caballo; rezaba siempre el Oficio divino con el Padre por el camino, platicaba con él de cosas espirituales largamente, proponiéndole diferentes dudas, procurando enriquecerse de avisos y reglas que le sacaba; y como el Padre veía que sembraba en buena tierra, comunicábase de buena gana y descubriale los secretos de la vida espiritual y la práctica que había aprendido en tantos años de rector y maestro de novicios.

En las posadas, todo su cuidado era acomodar a sus compañeros, dándoles lo mejor y tomando para sí lo peor. Al fin de la jornada dijo a sus compañeros llanamente que más le habían valido aquellos pocos días, y más había aprendido con la comunicación de aquel Padre y con

tó tanto en la metafísica, que juzgaron los superiores que podía muy bien defender un acto general de toda la filosofía y metafísica en público, como se suele hacer.

Imprimieronse las conclusiones universales, y a seis meses que estuvo en el Colegio Romano, las defendió. Quisieron hallar presentes los ilustrísimos Cardenales de la Rovere y Mondevi y Gonzaga, con otros prelados y señores de Roma, y por esto no se tuvieron en el general de teología, como las otras de los nuestros, sino en la sala grande de las escuelas. Defendiólas con aplauso universal de todos y con particular aprobación de aquellos ilustrísimos señores, que se espantaban grandemente de que se hubiese adelantado tanto en tan poco tiempo y con tantos achaques y enfermedades.

Ya que hemos tocado estas conclusiones, dos cosas en particular podemos añadir de ellas. La una es que antes de defenderlas se halló muy perplejo en si sería bien responder apostámal para humillarse y mortificarse en aquella ocasión. No se atrevió a resolver por sí mismo en esta duda, y así se aconsejó con el P. Mucio de Angelis (que era uno de los lectores de artes de aquel colegio, y junto con ser muy docto, era persona muy espiritual y con quien Luis comunicaba mucho en semejantes materias); éste procuró divertirle y disuadirle con buenas razones, pero cuando vino la ocasión se le hacía muy de mal perder la que se le ofrecía de mortificarse, y le volvió con nuevos impetus



San Luis en traje de Caballero de Santiago.
Estatua que se venera en la iglesia de Uclés
(Cuenca).

tesor), sabia decir el punto y término a que había llegado el pensamiento, la acción, el deseo, viendo con los ojos; tanta era la luz que tenía para conocer lo interior de su alma.

Deseaba mucho que le diesen reprensiones públicas, y para eso daba al superior una lista de sus faltas; pero viendo que en vez de reprenderle le alababa, y que aquellas faltas no le parecían faltas, antes de allí tomaba ocasión de decir sus virtudes, se resolvió a lo último de no pedir reprensiones, diciendo que por aquel camino más era lo que perdía que lo que ganaba.

Hacia grande estima de los Ejercicios espirituales del santo Padre Ignacio, no sólo como de medio utilísimo para convertir pecadores, sino también como de instrumento muy eficaz para renovar el fervor y adelantarse en espíritu las personas religiosas. Y así cada año por vacaciones se recogía algún tiempo a hacer estos Ejercicios.

Amaba ternísimamente a Dios nuestro Señor; y en hablándose de él en su presencia, se enternece de suerte que se le veía en la cara, y esto en todo tiempo y en todo lugar. De aquí le nacía una encendida caridad con sus prójimos; ésta le hacía ir muy de ordinario a los hospitales a servir los enfermos hasta hacerle morir en la demanda, como veremos; cuando allá iba hacíanle las camas, dábanle de comer, lavábanle los pies, barría la enfermería, exhortábanle a tener paciencia y confesarse.

En casa había ya pedido licencia general para visitar entre día los enfermos todos del colegio, y así no había quien más a menudo y con más cuidado hiciese este oficio de caridad, y en-



do a todos indiferentemente y con igualdad. No sólo los visitaba y consolaba, sino que cuando por dolerle la cabeza no le dejaba estudiar, se iba a buscar los enfermeros y les ayudaba a limpiar los cuchillos y cucharas, a prevenir las

hasta el suelo; y no es maravilla que esto hiciese, pues aun cuando era niño le miraba como a santo, y le solía llamar su ángel.

Estuvo Luis con su madre todo aquel día, y



tratando largamente de sus cosas, siempre quiso que estuviese presente su compañero. Pero él, reparando que con aquello se encogería la Marquesa y no se atrevería a hablar tan li-

brememente con su hijo, buscando ocasión se salió a rezar el Rosario. Después al cabo de un gran rato volvió y los halló ambos de rodillas en oración. A la noche preguntó Luis a su compañero por qué se había salido. El le dijo que habiendo la señora Marquesa pedido al Padre general que le enviase a su hijo de tan lejos, y teniéndole ahora en su presencia, no le parecía que era razón estorbarla que no descansase con él y hablase libremente, y así, con las otras señoras era bien aquel recato, y allí le obedecía, pero con su madre no.

Con esto se quietó Luis, el cual estuvo algunos días en Castellón por informarse en particular del Marques y de los otros del estado de las cosas, y en qué topaban las diferencias con el duque de Mantua.

En aquel interin no es creíble la edificación que daba en todo tiempo y en todas ocasiones; nunca salía sino a pie, si bien su madre y su hermano le hacían tener siempre la carroza a punto; por la calle siempre había de ir sin bonete, para responder al afecto de tantos como le saludaban. Con todos trataba indiferentemente con tanta humildad y sujeción como si fuera el mínimo del lugar.

No quiso aceptar ningún género de servicio de los seglares si de algo tenía necesidad, antes se ayudaba de su compañero, aunque ni éste quería que le acudiese sino a más no poder, y entonces obligándole y forzándole el compañero a aceptar; porque aunque tuviese

muchas veces con otros compañeros. A uno de éstos, por nombre Tiberio Bondi, avisó no sé quién que mirase lo que hacía, porque era el mal contagioso, pero él respondió que no podría acabar consigo de guardarse ni retirarse teniendo el ejemplo de guardarse ni retirarse mismo se sintió aquellos días tocar de Dios con nuevo fervor y espíritu, de suerte que hizo mucha novedad a los que le conocían y veían tan mudado y fervoroso, y al fin a él le tocó el primero la suerte de morir en aquella demanda, como veremos.

Iba siempre con ellos algún sacerdote para confesar los enfermos, y entre otros fué muchas veces el P. Nicolás Fabrini, florentino, hombre muy prudente, que a la sazón era ministro en el Colegio Romano y se entendía mucho con Luis, y así, después, siendo rector del colegio de Florencia, puso por escrito todo lo que sucedió en aquel hospital y en el progreso de la enfermedad de San Luis.

Daba, por una parte, horror el ver tantos que se estaban muriendo y andaban desnudos por aquel hospital, y se caían muertos por los rincones y por las escaleras, con un hedor intolerable; pero por otra parte parecía un retrato de la caridad del cielo ver a Luis con sus compañeros cómo andaban tan alegres sirviendo a los enfermos, desnudándolos, acostándolos, lavándoles los pies, haciéndoles las camas, dándoles de comer, disponiéndolos para confesar, exhor-

tándoles y animándolos a llevar aquel trabajo con paciencia.

Advirtió el Padre una cosa, y era que de ordinario Luis se llegaba a los enfermos más asquerosos sin saberse apartar de ellos en todo el día,



ocupándose en obra de tanta caridad; como el mal era contagioso, se les pegó a muchos de los compañeros de Luis; el primero que se descubrió fué aquel hermano que dijimos Tiberio Bondi, el cual murió en breve con no poca envidia de Luis, que viendo a su compañero ya a la muerte, dijo a un Padre condisceipulo suyo:

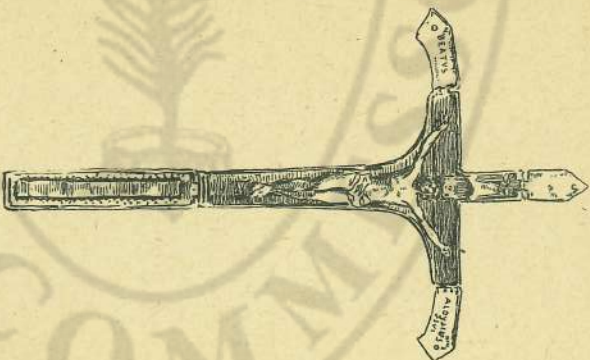
—¡Oh, cuán de buena gana trocará yo con el

de Dios o de la bienaventuranza; y los que le visitaban, por darle gusto no trataban de otra cosa.

Pedía algunas veces la ropa, y levantándose de la cama, se iba poco a poco hasta una mesa en que estaba un crucifijo, y tomándole en la mano, se abrazaba con él y le besaba con grande afecto y reverencia; lo mismo hacía con gran imagen de Santa Catalina de Sena y otros santos que estaban alrededor de las paredes. Dijo el enfermero que no era menester levantarse ni cansarse para aquello, porque él le llevaría a la cama el crucifijo y las imágenes. Respondióle Luis:—Hermano, estas son ahora mis intenciones.—Y así prosiguió todo el tiempo que pudo levantarse.

También solía entre día, cuando estaba solo y la puerta cerrada, levantarse e hincarse de rodillas en un rincón entre la cama y la pared, y en sintiendo ruido en la puerta, se ponía en pie para volverse a la cama. Por algún tiempo el enfermero pensó que se levantaba a alguna necesidad, hasta que topándole tantas veces fuera de la cama sospechó lo que era, y un día con buena traza le cogió con el hurto en las manos actualmente hincado de rodillas, y le ordenó que no lo hiciera más; y él, corrido de verse descubierto, lo hubo de dejar.

Trataba este tiempo lo más que podía con el P. Belarmino, su confesor, de las cosas de su alma; una noche en particular le preguntó si pensaba que alguno entrase en el cielo sin pasar



Crucifijo que usaba San Luis siendo religioso.
(Se venera en la antigua Iglesia de la Compañía de Jesús, de Colonia.)

por purgatorio; respondióle el Padre que sí, y sabiendo bien lo mucho que se podía prometer de la virtud de Luis, añadió:—Antes pienso, hermano, que él ha de ser uno de los que han de ir derechos al cielo sin pasar por purgatorio, porque habiéndole hecho Dios nuestro Señor

cielo.—¿Cómo al cielo?—replicó el Padre.—Porque espero (dijo él) en la misericordia de Dios de ir allá, si no lo estorban mis pecados.—Entonces el Padre provincial, vuelto a algunos de los presentes, les dijo en voz baja:—¿No paran en lo que dice? Así habla de irse al cielo como podíamos nosotros hablar de ir a Fraseca. ¿Qué hemos de hacer de este hermano? ¿Hémosle de enterrar con los demás?—A todos les pareció que no, porque la santidad tan particular de su persona obligaba a tener particular cuenta con su cuerpo.

A cosa de las siete estaba yo asistiéndole junto a la cama, sustentándole la cabeza con la mano por aliviarle algo el cansancio, mientras él estaba fijamente contemplando en un pequeño crucifijo que estaba sobre la cama, con indulgencia plenaria para los que hacían oración delante de él en el articulo de la muerte. Estando así levantó la mano y se quitó la cofia que tenía en la cabeza. Yo pensaba que lo había hecho acaso con las ansias de la muerte; volví a ponerla sin decirle nada; pero de ahí a poco se la volvió a quitar; púsesela por segunda vez, diciéndole:—Déjala estar, hermano Luis, porque no le haga daño el fresco de la tarde a la cabeza.—Señálome él entonces el crucifijo con los ojos, y díjome:—Cristo cuando murió no tenía nada en la cabeza.—Con las cuales palabras me causó devoción y compunción juntamente. Venida la noche, a las Avemarías, tratándose en su presencia de quién se quedaría a velarle,

él, aunque estaba tan metido en su oración y contemplación, dijo dos veces a un Padre que estaba allí cerca:—Asístame V. R.—Y porque a otro que deseaba hallarse a la muerte le había dado palabra de avisarle, por cumplirla le dijo:—Mire que no deje de quedarse aquí.—Eran



ya las nueve de la noche, o cerca, y estaba el aposento lleno de gente. Viendo, pues, el Padre rector que hablaba tan bien, por más que había dicho que moriría aquella noche, no lo creía; antes le parecía que tenía sujeto para durar otro día más, como suele suceder a los que mueren de aquella enfermedad.

Con esto, yéndose a recoger, ordenó que todos se fuesen también a reposar, y por más que muchos le pidieron licencia para quedarse allí, no se la quiso dar a ninguno, diciendo que no moriría tan presto, y que él también se que-

ra goza de Dios en el cielo con una gran plenitud de amor! Tiraba saetas al Corazón del Verbo cuando estaba en la tierra. Ahora aquellas saetas reposan en su corazón, por las comunicaciones que merecía, con los actos de amor y de unión que hacía (que eran las saetas); ahora las entiende. Y las goza.»

Veía más: que este Santo rogaba en el cielo, con grandes veras, por los que en la tierra le habían ayudado espiritualmente, y así dijo:

«Yo también quiero animarme a ayudar las almas; porque si alguna fuere al cielo, ruegue por mí, como lo hace Luis por quien en este mundo le ayudó.» Aquí acabó esta plática, que por la santidad de la persona que tuvo la visión y por las cosas que en ella se dicen se descubre la gloria tan encumbrada de San Luis.



Sepulcro que contiene el cuerpo de San Luis Gonzaga, que se conserva en el altar dedicado al Santo en la iglesia de San Luis, en Roma.



XXI

Algunos de los muchos milagros que Dios ha hecho por intercesión de San Luis.

EN el año de 1603, habiendo muerto en Castelgofre el marqués Rodolfo, en quien el santo Luis había renunciado su Estado, y habiéndose al mismo tiempo rebelado el mismo Castelgofre, que poco antes había venido a su poder, la señora Marquesa, madre del Marqués muerto y de San Luis, tuvo tanto sentimiento de este suceso, que de pura pena cayó en una enfermedad tal, que a pocos dias llegó a punto de muerte.

Había ya recibido el Viático y la Extremación, y se le daban pocas horas de vida, cuando se le puso delante de la cama su hijo Luis glorioso y resplandeciente, y con su presencia y vista la confortó de suerte, que la que hasta entonces por el susto grande no había podido echar una lágrima, con aquella vista se enterneció y comenzó a llorar dulcemente, y cobró firme esperanza, no sólo de cobrar salud, sino de ver muy mejoradas las cosas de sus hijos.

Desapareció el Santo, y fuera de toda esperanza sanó la Marquesa, la cual, después acá ha visto las cosas del marqués D. Francisco ir siempre de bien en mejor. De suerte que el primer milagro que hizo este santo hijo después de



su muerte fué un oficio de tanta piedad con su propia madre. La misma Marquesa me contó esta milagrosa aparición en Castellón, y la condesa Laura Gonzaga Martinenga en Brexia, y después se hizo información jurídica de ella en Castellón.

Juan Bautista Filipini, romano, tenía un hijo

pequeño llamado Juan Francisco, el cual había casi un año que estaba ético; añadiósele otra como lepra que le cubría todo el cuerpo, y no le dejaba sosegar ni de día ni de noche; estaba ya en el peligro que tales enfermedades prometían, no podía tomar sino un poco de leche, ni le aprovechó remedio ninguno de cuantos los médicos le aplicaron. Sobre estos males le vieron unas cámaras tan irreparables, que dando el médico por muerto le dejó y no volvió más a visitarle.

Viéndose su padre sin remedios naturales acudió a los sobrenaturales, y habiendo a las manos un diente de San Luis, se lo hizo poner al niño; el cual luego el mismo día comenzó a comer unas sopitas y a mejorar; quitóse la hinchazón del pecho, cesó la calentura, y al fin cobró perfecta salud con espanto de los médicos.

Pero para que más claramente se conociese el autor del primer milagro, obró Dios otro con siguiente en el mismo niño, el cual de ahí a dos meses recayó en una calentura maligna; hinchósele la garganta, cubrióse de tabardillo, nacióronle dos carbuncos en el espinazo tan pestilentes, que en viéndolos el médico le desahució, y advirtió a su madre que le apartase de sí lo más que pudiese, porque aquellos carbuncos eran contagiosos, tan malignos, que en veinticuatro horas mataban, por fuerte que fuese el sujeto.

El padre del niño, viendo esto, acudió segunda vez al que la primera había hallado tan pro-

picio, y así él y su mujer hicieron su voto a San Luis y pusieron la reliquia al niño. Volvió el médico a la mañana a preguntar si había ya muerto. Comienzan los padres a retirse, entra el médico y halla al niño limpio de calentura y libre de todo peligro. Quedó fuera de sí, y santiguándose de lo que veía, se despidió para no volver; lo mismo le pasó a un boticario experto que el día antes había venido con el médico, y con el espanto se puso la mano en la frente, y luego en el suelo para hacer una cruz grande, porque decía que a una maravilla como aquella era menester santiguarse con una cruz muy grande. Supieron lo que había pasado, y todos confesaron que se había de dar la gloria a San Luis, a cuyo sepulcro llevaron el niño y cogieron el voto. De todo esto se hizo prueba auténtica con la declaración de dos médicos y de aquel boticario.

Alargáramos mucho esta historia si hubiéramos de seguir contando los milagros y favores que hallamos comprobados en los procesos. No son menos los que confesan haber recibido por su medio diferentes gracias espirituales para sus almas; contemos siquiera una.

En los países ultramontanos hubo un hombre pío y devoto que, habiendo vivido muchos años en la Religión sin temor ninguno de tentaciones deshonestas, permitió Dios que las sintiese tan fuertes, que por más de un año estuvo en continua guerra, acosado de imaginaciones y representaciones sucias, apretado de los estú-

mulos de su carne, y abrasándose en el fuego de su concupiscencia sin hallar consuelo ni quietud en cosa ninguna.

Ayunaba, castigaba su cuerpo con disciplinas y cilicios y otras asperezas, y no le apro-



vechaba. Muchas veces se hallaba obligado a levantarse de la mesa y salirse de la conversación y pláticas, por irse a sus solas a llorar y suspirar. Postrábase en el suelo, y de aquel modo se estaba orando e invocando la divina misericordia.

No dejaba remedio de cuantos se le ofrecían que le podrían ayudar, y con todos ellos perseveraban las tentaciones; y lo que peor es, se le añadieron otras nuevas de blasfemia que le provocaban a pensar que ni Dios ni los Santos



INDICE

I.—De sus padres, nacimiento y crianza, hasta la edad de siete años.....	Págs.	7
II.—Cómo fué enviado Luis, del Marqués su padre, a Florencia, donde hizo voto de castidad y adelantó mucho en las cosas de su alma.....		23
III.—Cómo San Luis fué llamado a Mantua, donde se resolvió a ser eclesiástico.....		33
IV.—Vuelve a Castellón: recibe de Dios el don de la oración mental, y comienza a frecuentar el Santísimo Sacramento.....		37
V.—Ómo fué a Monferrato, y en el camino estuvo en un gran peligro de la vida, y se resolvió a ser religioso.....		44
VI.—Cómo San Luis volvió con su padre a Castellón, y haciendo una vida muy austera, le libró Dios casi por milagro de un incendio.....		53
VII.—Cómo fué a España con el Marqués su padre, y de la vida que hizo en la corte..		63
VIII.—Cómo se resolvió de entrar en la Compañía, y dió parte de ello a sus padres y parientes.....		73
IX.—Cómo volvió a Italia, y de las contradicciones que allí tuvo por causa de su vocación.....		87

INDICE

X.—Cómo Luis fué a Milán por causa de algunos negocios, y lo que allí le sucedió...	Páginas.	259
XI.—Cómo Luis fué primero a Mantua a hacer los ejercicios espirituales, y después a Castellón, y de las nuevas dificultades que allí tuvo con el Marqués.....		110
XII.—Renuncia últimamente el Estado, va a Roma y entra en la Compañía.....		122
XIII.—De la perfección con que pasó su noviciado.....		135
XIV.—De lo que hizo en el tiempo que estuvo en la casa profesa de Roma.....		149
XV.—Cómo fué a Nápoles y estuvo allí muchos meses.....		156
XVI.—De la vida que hizo estudiando en el Colegio Romano, y de las virtudes que allí respaldacionaron en él.....		161
XVII.—Cómo fué enviado a su tierra para apaciguar algunos encuentros graves que había entre el duque de Mantua y el Marqués su hermano; del modo con que se portó, y el buen suceso que tuvieron aquellos negocios.....		192
XVIII.—De la consumada perfección de San Luis y de su última enfermedad.....		215
XIX.—Cómo se aparejó San Luis para la muerte, y cómo, finalmente, murió.....		235
XX.—Testimonio del Cardenal Belarmino acerca de la santidad de San Luis.—Vida de Santa María Magdalena de Pazis.....		246
XXI.—De varios milagros que Dios ha hecho por intercesión de San Luis.....		251